

medio mundo, y no haber aterrizado, ni siquiera un martes, en Plasencia.

Si a la mitad de su carrera vital Elías confesaba que era un extremeño "que había vivido la mayor parte de su vida fuera de Extremadura" la otra media vida siguió marcada por el mismo signo: de la ausencia física, pero del afecto ininterrumpido a la tierra, a las personas, a las instituciones de Extremadura.

Su muerte en Madrid, y al filo de los sesenta años, me obliga a recordar que también, y a esa misma edad, fallecía en 1970, Antonio Rodríguez Moñino, otro extremeño universal, que en línea directa sólo podía empalmar con el santanderino Menéndez y Pelayo, con el campanerense Bartolomé Gallardo, con el hipano-romano Nicolás Antonio, y posiblemente con el frexenense Arias Montano.

Yo no sé por qué el maestro de albeitería placentino, Fernando Calvo aseguraba que "el año 63 es el año más peligroso para acauar la vida" y que el que "visse passar deste término a su padre, no espere que tan ahina y le vea morir, ni menos le espere heredar", y tengo que apelar a los secretos juicios de Dios, cuando he visto a dos amigos admirables, Antonio Rodríguez Moñino, y Francisco Elías de Tejada y Spínola, morir —ambos sin hijos— en el año crucial de los sesenta. Es lo que añade el mismo Fernando Calvo "si nuestro Señor Dios no ordenare y mandare otra cosa".

Ante un inexplicable silencio general, más que sospechoso, quede, por lo menos el recuerdo y la oración breve del que se proclama una vez más admirador, amigo, y paisano del batallador, inteligente e infatigable que fue Francisco Elías de Tejada y Spínola. "Descanse en paz". Amén



Sin nombre

Solidario, en lo más alto

del cerro, como un halcón

avizorante, medito.

Mal oficio, pensador.

Porque la memoria trae

lo que el tiempo se llevó:

la vida absurda, vacío,

mis muertos, lucha, dolor.

¿Por qué decimos mis muertos

cuando ya de nadie son?

De ellos ¿qué me queda? Nada.

Humo entre las manos. Voz

que se silencia en los labios

sellados. El estertor

de un recuerdo que evanesce

mientras me disuelvo yo.

No luce el sol. Densas nubes

me acercan en derredor.

Otoño. Tedio, tristeza

dentro de mi corazón.

Eugenio PAYO